

EXPOSICION SAINTE-MARIE

(Sala Ditrich y Silberfeld)

La exposición del señor Oscar Sainte-Marie, que se acaba de abrir en la sala Ditrich y Silberfeld me ha recordado un tiempo muy lejano, cuando allá por el año 1906, don Pedro Lira se veía rodeado de un grupo de discípulos y admiradores. Pocos maestros han arrastrado tantos prosélitos como este pintor chileno, que al mismo tiempo era un gran crítico.

¿Por qué ha venido a mí este recuerdo? Muy sencillo, porque el conjunto del pintor, señor Oscar Sainte-Marie, tiene puntos acentuados de parentesco con la pintura del maestro Lira; porque su manera, su escuela es la de aquel tiempo, en que, probablemente, había menos talento pictórico, menos novedad y brillo en el color, pero más honradez ante el natural y más sinceridad de vista. Hoy impulsa a todos como una ansia de originalidad, que es muy plausible, pero que conduce, las más de las veces, cuando no tiene control lógico, a un desenfreno y a aberraciones consurables.

Era verdad que en el tiempo del maestro Lira, muchos eran los pintores discípulos de él que se lo parecían, y aun hoy mismo Sainte-Marie sigue pareciéndosele, en la mayoría de las telas que exhibe en esta exposición. Pero también es verdad, que había entonces más disciplina, más amor por el natural, por el estudio y la disciplina.

Sainte-Marie, como dijimos hace tiempo, y lo hemos repetido en otras ocasiones, progresa, aunque lentamente; pero no se estanca en definitiva. Lo conozco como pintor, desde aquellos años de 1906, y le he seguido paso a paso, hasta hoy. Poco en contacto con otros pintores, devoto de su primera manera, su evolución es lentísima, pero su amor por el dibujo, por el tema o asunto bien acogido, se ven siempre en sus cuadros, y mucho más en los que forman parte de este conjunto.

Ellos me hacen sentir mi tierra, y aunque tienen una visión pictórica un poco aburguesada, me deleitan, por su tranquilidad y por la evocación que tienen, a veces, del natural.

El defecto más grave de algunos de ellos, con el color café en las sombras y cierta pobreza de reflejos. Por ejemplo, hay una tela, la número 17, que es un patio, y que se titula "La tina de la llave", evocativa también, en la cual en medio de un color brillante, de un verde bien visto de los árboles y del jardín, hay un tronco de eucaliptus, de color café parejo, sin un sólo reflejo, que revelaría, si así fuese visto, que

nada había a su alrededor y en medio del brillo de aquella luz plena, que fuese a chocar con la superficie de su corteza, para modificar el color base del tronco, y dotarlo de reflejos, esos reflejos, que dan tanta vida y animación al natural; mejor dicho: que hacen del cuadro un verdadero trozo en pequeño de naturaleza, de lo vivo, para olvidar lo pintado. Tengo casi la certeza, que estas tachas, son olvidos del pintor, faltas de atención, quizás, y no que su pupila sea cerrada a esos matices, a esos pequeños detalles. Porque Sainte-Marie es un pintor que está acostumbrado a aguzar su mirada, a escudriñar, y estos olvidos, como tales se pueden sólo considerar.

En el total de estos cuadros, casi todas las sombras son de color marrón, un poco pesado, lo que tampoco se ve a menudo, salvo en determinados casos, y cuando se ven, es preciso modificarlas en pro de una orquestación o composición en el colorido, para hacer más amable el cuadro. Tengo la seguridad que si por un milagro, quitáramos de los cuadros del señor Sainte-Marie, todas esas sombras café, las telas se aligerarían, se harían más aladas, tendrían aun más profundidad, y esa apariencia de sordo con que se presenta su color generalmente, se perdería, para trocarse en brillante y aun en vibrante.

Sin embargo, no siempre mira así y pinta así. Hay veces en que sus ojos se entregan más al natural, que se afinan más, y la visión entonces es más delicada y al mismo tiempo más coloreada, más alegre, más vibrante. Ved, por ejemplo, ese cuadro muy fresco, como color y aun como asunto, que se titula "Manzanillas silvestres" (costa de Maitencillo). El color se vio más francamente, más valientemente, con más niegría, con más riqueza de matices, y esto es lo que produce esa frescura de que hablamos. Se valoriza más el dibujo, los términos se distinguen mejor, y el pedazo de naturaleza, es más vivo, más lleno de vida.

Hay otro paisaje, que es francamente interesante y hermoso, como color y como asunto, que se aparta del total de su grupo, y me refiero al decir esto, al que lleva el número 22, "Paisaje sureño". ¡Cuánto aire, qué fresca la visión, qué fácil salió todo eso, qué espontáneo el color, llena de vigor la tela, no cansada, no restregada, todo fácil, franco, con la niegría de una primera intención, de un primer golpe de pincel y de un contacto fecundo y amplio de paleta. Todo se dominó en esta tela, desde el asunto, bien estudiado, bien elegido, bien consi-

tado para el grato efecto pictórico, hasta el más pequeño detalle, sin insistir, dando esa sensación tan agradable de una pintura sin esfuerzo, de un feliz consorcio de facultades para obtener un resultado cabal y pleno. Lo que se llama un asunto hermoso, plenamente logrado, plenamente dominado.

Hay además otro paisaje, análogo a este en sus condiciones emotivas, aunque más anticuado como visión, pero muy sentido, muy representativo de la hora, con volumen sus árboles, con un dibujo muy expresivo y muy bien visto, y es el número 34, "Salida de luna". Me siento dentro de aquello, que si tuviera como ayuda una paleta con un poquito de más riqueza de color, el éxito sería tan amplio como en la tela anterior que estudiamos.

Pero bástenle al señor Sainte-Marie, estos últimos cuadros anotados, para acreditarse como un pintor honrado y evocador de nuestra tierra.

N. Yáñez Silva.
